
Tercera Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Creado el Instituto Panamericano de Geografía e Historia por Resolución aprobada en la sexta Conferencia Internacional Americana que se celebró en la ciudad de La Habana en Enero de 1928, ya debidamente organizado y entrado de lleno en el desempeño de la alta misión cultural que originó su creación, creyó que, dada la amplitud de su programa y la complejidad de sus tareas, era conveniente llevar a cabo reuniones continentales, en las cuales entraran en contacto los representantes de todas las naciones de América a fin de discutir los problemas geográficos, históricos, etnográficos, lingüísticos y otros de interés para el Continente, en conjunto, y para cada uno de los países que lo pueblan, en particular; y así quedó acordado, habiéndose celebrado la primera reunión en Washington y la segunda en Río de Janeiro. Centro de grandes culturas prehispánicas el Perú, y centro, también, de la más rica y floreciente colonia española como lo fué el antiguo virreinato peruano, la segunda asamblea reunida, como dejamos dicho, en la capital de la gran República del Brasil, consideró un acto de justicia designar a la ciudad de Lima como sede de la Tercera Asamblea; y ésta se realizó, de conformidad con dicha resolución y con el programa acordado, en los primeros días del mes de Abril del año en curso.

Con asistencia de delegaciones de todas las repúblicas del Continente que enviaron en su representación las más destacadas personalidades del mundo intelectual de cada una de ellas, como no podía dejar de serlo, la Asamblea tuvo el más completo éxito, conforme pudo apreciarse por la cantidad y calidad de los trabajos presentados y de las conclusiones acordadas en su sesión de clausura.

Uno de los números del programa de atenciones a las delegaciones visitantes, fué una actuación conjunta del Instituto Histórico del Perú y de la Sociedad Geográfica de Lima, efectuada en el local de esta última, el día 6 de Abril. Presidió la actuación el Doctor Mariano Ignacio Prado, Presidente del Instituto, quien la inicio con las siguientes palabras:

Señores Delegados:

El Instituto Histórico del Perú y la Sociedad Geográfica de Lima se han reunido hoy en estos históricos claustros, donde tienen su sede las dos Instituciones y los mismos en que hace 110 años fuera instalada la Biblioteca Nacional por el inmortal Generalísimo de los Andes don José de San Martín, para expresar los votos de admiración a vuestra labor en el notable certamen que se ha realizado en esta Capital y cuyas funciones llegan a su término, revelando ya sus beneficios, debidos al entusiasmo y al austero afán con que habéis trabajado en servicio de la ciencia.

Puede darse por descontado el éxito de vuestra labor en esa Asamblea. Vuestra capacidad probada tenía que aportar contribución eficiente a este gran esfuerzo de trabajo y de expansión de la cultura en América; enorgulleciéndose el Perú de que fuera Lima la que ofreciese como sede en esta tercera estancia de la ya fecunda vida del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

El estudio de la Historia Peruana tiene la virtud de despertar en el alma de los pueblos de América junto con los recuerdos de un pasado glorioso, el sentimiento de la más pro-

funda fraternidad, porque nuestra Historia, señores, es la del mayor número de las naciones del Continente, las cuales, en el proceso de su vida colectiva, o han compenetrado sus culturas aborígenes con las del Perú o han recibido el beneficio de una soberanía Virreinal que las rigió con las mismas leyes, les infundió su mismo espíritu y las vinculó con sus mismos ideales; o se han unido fuertemente para trabajar por su emancipación, cuando la libertad inflamó sus corazones y brilló en sus mentes el concepto de su derecho, y fueron juntas a la lucha en los campos de batalla hasta alcanzar su independencia.

En el vasto panorama del pasado, la historia Peruana atrae vuestras miradas para conocer el dominio de ese grandioso Imperio Incaico que se extendió por casi toda la América Austral; de este vasto y rico Virreinato de Lima que organizó el Gobierno y la Administración de un Continente, que estructuró Presidencias y Capitanías haciéndolas vivir bajo su jurisdicción, y, más tarde, sirvió de modelo a otros adelantados y prósperos virreinos de la América Española.

A todos, señores, nos embarga la emoción al recordar la gloriosa gesta emancipadora en que con el esfuerzo común de nuestros pueblos, quedó sellada la soberanía de las viejas Colonias, en Junín, Ayacucho y el Dos de Mayo.

El Instituto Histórico y la Sociedad Geográfica, cuyas labores cumplen sus miembros con el celo y la austeridad que les imponen el estudio de nuestra geografía y de nuestra historia, disciplinas que constituyen también, precisamente y por feliz coincidencia para nosotros, el eje de nuestras inspiraciones, ha querido recibiros en esta actuación que será inolvidable en los fastos de nuestra vida académica.

Grande es ya la labor realizada por los hombres de ciencia americanos, y por la acción organizada de los Institutos y Academias de Historia y Geografía que aúnan, coordinan y tratan de desarrollar estos esfuerzos.

Esto no obstante, resta mucho por hacer, quedan inmensos problemas por dilucidar, que hay que investigar, que hay

que estudiar, analizar y comprobar. Problemas de Geografía y de Historia que abarcan la geografía y la historia global del Continente y muchísimas cuestiones trascendentales de igual índole referentes a cada una de las distintas naciones que lo constituyen.

Refiriéndome solamente al Perú, que es realmente casi el único campo de estudio y de investigación que medianamente conozco, ¡qué vasto campo se abre todavía al futuro de nuestras investigaciones!

La Cartografía general y particular de nuestro territorio, tan importante por su extensión, por su riqueza, por su pasado y su futuro, está todavía en preparación y en esforzada labor.

Nuestra pre-historia y nuestra historia con sus variados problemas que aun esperan solución, nos plantean día a día otros nuevos, y nos revelan secretos a veces insospechados y nos formulan nuevas interrogaciones, abriéndonos limitados campos de observación y de estudio.

Ayer no más, la labor de eminentes hombres de ciencia descubre la maravillosa región de Macchupicchu; el año pasado igual esfuerzo de hombres eminentes han traído la incorporación a nuestra historia del maravilloso hallazgo de las nuevas ciudades; nidos casi de cóndores humanos que colgaron los Incas con ciclópeos e indescifrables esfuerzos en las más ásperas y elevadas regiones andinas.

Ayer, no más, también, la apertura extensiva de la cultura de Paracas y la irradiación de las incaicas a las flores-tas amazónicas y a la región Diaguita. Hoy, la extensión verdaderamente inesperada y extraordinaria de las obras pétreas de Pachacámac que acabáis de visitar, y próxima la nueva extensión de los descubrimientos de Chavin, debido al infatigable esfuerzo de un arqueólogo peruano, abre, repito, nuevos campos a nuestra orientación aun antes de que hayamos podido resolver los que anteriormente planteaba nuestra arqueología.

Y lo que sucede en el Perú, sucede también en otros paí-

ses de América. Acaba de realizarse en las montañas de Colombia, en la región de San Agustín; se plantea hoy en las investigaciones de la civilización Maya. Hay, pues, que desarrollar muchas investigaciones con creciente esfuerzo. Hay que ampliar el estudio de nuestra geografía e historia, y para ello hay que realizar la importancia de estas disciplinas y debemos comprometernos a realizar este apostolado en pro de la ciencia de la historia y de la geografía de América.

El Instituto Panamericano de Geografía y de Historia ha tenido esta finalidad y esta visión; trata de llenar también un objetivo concreto y necesario: la coordinación y la vinculación de estos esfuerzos. Hay problemas americanos que abarcan el conjunto geográfico e histórico de la América toda, al lado de los problemas propios de cada país. En él cabe que pueda surgir un concepto de unidad dentro de su fragmentación aparente.

Con espíritu de unión verdaderamente Panamericano; con criterio de esfuerzos científicos y para América y por América, todos nuestros Institutos y todas nuestras Academias deben esforzarse en la labor común.

Yo me permito invocar este espíritu, el espíritu del panamericanismo que partiendo del campo de la ciencia, penetrando en el campo económico, creciendo en la tendencia social y política, aúnen nuestros sentimientos, nuestros idearios y nuestras voluntades en la sublime aspiración de un futuro americano basado en un concepto de ciencia, de paz, de justicia y de libertad en esta tierra, que como dijo con visión sublime un gran poeta americano: estaba destinada a realizar, bajo el cielo de la América y en su espíritu, la eterna comunión de las naciones.

Señores:

Vais a escuchar la palabra del representante del Instituto Histórico del Perú en esta actuación, el eminente filósofo, sociólogo e historiador don Víctor, Andrés Belaúnde, vincula-

do estrechamente a vosotros por los títulos de la amistad y de esfuerzo común, y al Dr. Emilio Romero, hombre de ciencia y de estudio de nuestro folklorismo, que representa en este acto a la Sociedad Geográfica de Lima, y nos honramos también con la colaboración en este acto del Dr. Alfonso Caso, eminente miembro de la Delegación de México que nos honra con su palabra al darnos respuesta en esta actuación a nombre de todos vosotros.

Señores Delegados: aceptad esta acogida fraternal y cariñosa de vuestros colegas peruanos y recibid nuestra felicitación por los éxitos que venís alcanzando en la labor científica de la Tercera Asamblea Panamericana del Instituto de Geografía e Historia.

Invitado por el Doctor Prado, ocupó la tribuna el Doctor Belaúnde, quien, con la galanura y elocuencia que le es característica, deleitó al auditorio durante treinta minutos con una interesante y erudita disertación delineando la vida del Perú desde el punto de vista histórico. En el curso de su alucución, el orador hizo un estudio retrospectivo de las diversas etapas históricas del país, analizando el significado de cada una de ellas y de los personajes que en ellas actuaron y que contribuyeron a la formación de la nacionalidad. "No puede olvidarse—dijo—que en el Perú convergieron los dos grandes movimientos que afloraron para luchar por la independencia de América"; recalcó la transcendencia de la conquista, que sirvió para eslabonar dos culturas, a cuya base se constituyeron los pueblos americanos y sirvió de base fundamental al virreinato peruano, que tanta importancia alcanzó en los siglos XVII, XVIII y primer cuarto del XIX, en que esa misma importancia lo llevó a constituirse en nación independiente.

Terminada la disertación del Doctor Belaúnde, pronunciada a nombre del Instituto Histórico, que sentimos no insertar íntegra por falta de versión taquigráfica, hizo luego uso de la palabra el Doctor Emilio Romero a nombre de la Sociedad Geográfica, dando lectura al siguiente discurso:

Señores:

Hacen 52 años, coincidiendo con la iniciación del resurgimiento del Perú, se fundó bajo el patronato del Estado, la Sociedad Geográfica de Lima destinada a fomentar los estudios geográficos de nuestro país y a reunir en sus archivos todas las investigaciones científicas sobre el suelo del mundo y en particular de América.

La Sociedad Geográfica de Lima tiene esta noche el honor insigne de recibir a los señores Delegados de las naciones del Continente a la Tercera Asamblea del Instituto Panamericano de Historia y Geografía. Con tal motivo creo que es oportuno, como un saludo de honor, que despluguemos nuestras banderas de lucha en homenaje a las Delegaciones de las naciones fraternas.

La Sociedad Geográfica de Lima no es simplemente esta sala con sus viejos mapas del color del tiempo, sus voluminosos libros y sus cartas de viaje coloreadas y con curvas a nivel. Esta vieja sala de actuaciones puede ser comparada con un gigantesco kaleidoscopio, al través de cuyos prismas se pueden ver las maravillas del paisaje geográfico y humano del Perú y de América. La Sociedad Geográfica es un centro científico, pero en el Perú, además de centro científico, es el hogar de los esforzados hombres de acción que continúan la tradición de los Grandes Capitanes, de los Adelantados y Gobernadores Generales que descubrieron la América.

El descubrimiento del Perú se inició cuando Francisco Pizarro desembarcó en Tumbes y esa obra gigantesca no ha terminado todavía. Estamos aún en plena era de descubrimientos. Es verdad que han pasado tres siglos de vida colonial, siglos en que los hispanos colonizaron la Costa fundando burgos; mientras en la Sierra redujeron a los indios en concentraciones urbanas alrededor de una iglesia y un cabildo y bajo el mando de la vara de un cacique y la teja cural. Mientras tanto, los descubrimientos y las exploraciones teñían con sangre nuestras nieves y enrojecían más las turbias aguas amazónicas en busca de El Dorado y el país de la Ca-

nela. Pero en el siglo XIX ¿no es acaso lo mismo la búsqueda angustiada y suicida de la quina y el caucho? Ninguna diferencia hay en buscar oro o canela o quina o jebe. Solo han pasado los siglos, pero el hombre es el mismo conquistador energético y cruel, a veces avaricioso y egoísta, que vá talando árboles y deslomando cordilleras; batallando bajo las nubes calenturientas formadas por alas invisibles de mosquitos tañedores de flautas o royendo los huesos en las dentaduras fósiles de las cumbres borrascosas, por la ilusión de tener un polvillo de oro entre lo dedos.

Luego, en el siglo actual, la conquista y los descubrimientos continúan con igual o tal vez mayor ímpetu, aunque hayan cambiado de nombre los objetivos. Ya no es el oro y la canela; ya no la quina y el jebe. Ahora buscamos con afán el petróleo, el wolfram, el vanádium, el molibdeno y las plumas de garza.

Nombres modernos, elegantes y financieros, pero que vistos desde el punto de vista geo-económico, no son sino momentos iguales en el descubrimiento y conquista de América.

Por esos tesoros que mañana tendrán otros nombres extraños, penetran nuestros exploradores a las estrechas gargantas de los Andes; por ellos se llega a las nevadas mesetas de la Cordillera, donde por la baja presión atmosférica el corazón se expande y se eleva como un globo de barraje. Por ellos se lanzan los hombres al tobogán verde de nuestras montañas trasandinas, al mundo nebuloso de los hiperbóreos del Amazonas, del Paraná y del Orinoco, tres cadenas con las que se ataría a la roca de los Andes la ansiedad del explotador americano; verdadero Prometeo por la terquedad grandiosa de su empeño en rectificar la obra de Dios.

Pero esta actitud de lucha suramericana común a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Brasil, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina y Chile, ¿no es acaso la misma epopeya que todavía viven el Canadá, los Estados Unidos de Norte América, los Estados Unidos Mexicanos, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá?

Nuestro progreso como agrupaciones jurídicas y humanas es evidente. Formamos naciones organizadas, pacíficas y civilizadas. La electricidad ilumina las grandes avenidas de Nueva York, pero también alumbra las tiendas de zinc de nuestros más pequeños centros mineros. Todas las conquistas de la ciencia y de la higiene están en América, solo con diferencia de cantidades. Pero nosotros desde esta sala de la Sociedad Geográfica, tenemos el privilegio de ver que todavía hay algo que está indómito y bravío y que, aunque tenemos brillantes páginas de historia, todavía estamos en el dominio de la Geografía.

Recién incorporados a la convivencia internacional, apenas un siglo los países del continente todavía estamos explorando nuestras tierras. Argentina y Chile saben que más allá de los horizontes de sus lagos se abre un mundo nuevo de volcanes y florestas encantadas. Brasil tiene un mundo nuevo en los sertones, tan magistralmente descriptos por Euclides da Cunha. Colombia y Venezuela tienen un maravilloso paisaje que explorar en los esteros y chuscales de las llanuras del Orinoco.

El descubrimiento integral del Continente está aún en marcha. El año 1540 Don Lope de Cárdenas vió por primera vez el abismo del gran cañón del Colorado, en los Estados Unidos de Norte América, siendo el primer hombre blanco que se asomó a sus bordes. Pero recién en el año 1869 el Mayor John Wesley Powley, acomete la colosal empresa de recorrerlo en una canoa a través de sus rápidos mortales, destruyendo la creencia de que era un gran canal subterráneo poblado de espíritus perversos.

México, glorioso país, inició la conquista y exploración de Yucatán en 1517 con Francisco Hernández de Córdoba, que culminó con la expedición de Montejo en 1526. Moisés Sáenz asevera que a pesar de tan heroicas luchas, Yucatán recién empieza a ser Mexicana. Continuó la batalla en 1697 hasta 1860 y no terminó sino en 1901, cuando Nohoch Santa Cruz se rindió.

Entre nosotros, nuestro glorioso marino Presidente que fué de la Sociedad Geográfica de Lima, Melitón Carbajal, fué el primero en forzar en una máquina de vapor la puerta milenariamente cerrada del Manseriche, brecha angosta abierta en la Cordillera de los Andes por los remolinos mortales y rugientes del río Marañón. Y apenas hacen dos años que nuestros ingenieros de caminos, redescubrieron un pasaje abierto por un río en la Cordillera Azul que une la cuenca del Huallaga con la del Ucayali y por donde pronto se extenderá la autovía de Lima a Pucalpa, la más formidable carretera del continente, atravesando varias cordilleras, altiplanos y selvas.

Durante el coloniaje los indios del Perú pagaban un sobrepuesto al tributo personal llamado tomín destinado a la apertura y conservación del camino de Panamá a Portobelo. Y recién en este siglo el río Chagres ha enlazado los dos océanos con el esfuerzo de los brazos de las naciones del continente.

Estamos, pues, en una etapa de lucha violenta y constante. Mientras la historia nos fija y nos ilumina con los colores de los tiempos, la geografía nos violenta y nos agita. Quizá esto nos diferencia del continente europeo, donde la geografía es lo estático y la historia lo dinámico. En América, continente de contrastes violentos, de volcanes y de lagos, de colosales ríos, de las cataratas del Niágara, Tequendama, Sete Quedas e Iguazú; el continente del oro y de la canela, de la quina y del jebe, del estaño y del wolfram; del petróleo, de las plumas de garza, del chicle y de la chinchilla, la geografía es lo mutable y lo violento; es la fuerza motriz de nuestra historia.

El recuerdo de las guerras entre las naciones americanas se difumina, palidece y se borra cuando se les compara con las luchas y las expediciones de carácter geográfico que se han realizado en nuestros países por extender la civilización desde nuestras urbes a las lejanías de la patria. La expedición a los indios Ranqueles en la Argentina; las hazañas de los misioneros del Perú; la expansión dura y dolorosa de los pueblos del Orinoco por la conquista económica de los Llanos,

así como la colonización al ruido de las carretas hacia el Far West en Nor América, son capítulos épicos de una batalla por la paz y por la vida. Sus soldados son, no ya los arcabuceros y los caballeros de tizona. Son los fuertes hombres de suela dura y pañuelos colorados. Los siringeiros, los vaqueros, los arrieros y cateadores de minas y ahora los choferes. Tras ellos van las Sociedades de Geografía a constatar, fotografiar, hacer planos, legajar y archivar. Archivos de la pasión y de la fuerza. Los Institutos de Geografía de América son los cuarteles generales de esta lucha colosal que se inició hace siglos con el descubrimiento de América.

La Tercera Asamblea Panamericana de Historia y Geografía se me figura por esto antes que una reunión de científicos, una reunión de exploradores y descubridores. Confiamos en que nos exploraremos mutuamente los corazones, nuestro modo de vivir, de decir y de pensar. Estoy seguro de que después de esta exploración haremos el mutuo descubrimiento de que si bien la Historia nos dió gloriosas banderas y fronteras, la Geografía nos une cada vez más. Si pegamos los oídos al suelo como los niños para oír si se acerca el tren o como los baquianos para orientarse en las pampas, podemos sentir una sola palpitación y un inmenso latido, de un solo gran corazón de Nuestra América.

Señores Delegados: En esta hora triste de los grandes desfiles y de las vistosas insignias, me he permitido ofrecer por el kaleidoscopio de esta sala, el desfile de nuestras banderas de lucha. Pero nuestra batalla es por la paz y por la amistad y por la dicha futuras. La Sociedad Geográfica de Lima inclina sus banderas en homenaje a las naciones del Continente. Y al inscribir en sus anales el acta notarial de esta reunión, invocará como testigos no solamente los manes gloriosos de los héroes y mártires de la Geografía en América; sino que unirá a ellos los nombres de los Delegados de las naciones del Continente, contemporáneos exploradores de la paz y de la amistad; fraternos en la lucha por agrandar nuestro espacio vital, no para un solo pueblo escogido, sino para la humanidad.

En seguida, el Dr. Alfonso Caso, Delegado de México, pronunció, en nombre de las Delegaciones que asistieron a la Asamblea, el discurso que transcribimos a continuación:

Señor Presidente del Instituto Histórico; señor Presidente de la Sociedad Geográfica, Señoras, Señores:

Por designación del Presidente de la III Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, me cabe el alto honor de agradecer, en nombre de los Delegados a dicha Asamblea, la hospitalidad que ahora nos brindan estas dos venerables y tradicionales instituciones de cultura, en las que han florecido los más destacados investigadores y que, se han honrado asimismo y han honrado al Perú, con importantes estudios sobre la Geografía y la Historia del país.

Los Delegados de América hemos venido a colaborar con las instituciones peruanas, y es con profundo respeto como nos acercamos a estos centros de investigación de las condiciones físicas y del desarrollo histórico de estas tierras.

Tenemos un interés siempre creciente por averiguar los problemas de ustedes, por conocer sus soluciones, por acumular a nuestra propia experiencia, la experiencia que ustedes han aprendido al contacto con la realidad peruana; porque los problemas del Perú son, en gran parte, nuestros propios problemas; porque las condiciones geográficas son nuestras propias condiciones, y porque la historia de esta nación es también como un índice de la historia de América.

Es proyectando en el tiempo la visión de una patria como se obtiene un concepto fecundo, que permite abarcar su realidad; es conectando el presente con el pasado como se puede trazar la línea ideal, la trayectoria futura que seguirá un país al desarrollarse en virtud de sus propias potencialidades; pero es al mismo tiempo estudiando un país índice, como el Perú, como podemos tener una visión clara, una visión histórica de lo que es y debe ser América.

El panamericanismo no es una invención política, no es el resultado de un convenio; es un hecho, una realidad que se ha impuesto y que han sentido antes que nosotros, los gran-

des espíritus que han marcado el camino de los destinos de América. El panamericanismo está construido sobre la base geográfica de la unidad continental y sobre la base histórica de un proceso de aculturación de la población indígena en su contacto con la población blanca. No podríamos negar el panamericanismo, sin negar al mismo tiempo una de las realidades más importantes y más altas de la historia del hombre; no podríamos concebir la historia del mundo, a partir de los grandes descubrimientos geográficos del Renacimiento, sin comprender que, en el concepto de la humanidad, había nacido otra idea fundamental, otra categoría de pensamiento y de acción que se designa así: un nuevo mundo.

Unión de dos razas; unión de dos culturas; creación de un fenómeno sociológicamente fundamental, el choque de dos civilizaciones: Aztecas, Mayas, Chibchas, Incas, los grandes Imperios que sometió el Conquistador, eran los herederos de culturas milenarias, de viejas culturas que habían creado magníficas obras de arte y que, si en las altiplanicies mexicanas elevaban templos semejantes a montañas, labraban en la zona Maya prodigiosas estatuas y transformaban en encaje los duros basaltos, o bien pulían con minucia y exquisitez las joyas de oro en las que engarzaban esmeraldas o tejían las deslumbrante telas de Paracas y ofrecían a los ojos atónitos la increíble policromía de la cerámica Nasca.

Grandes imperios, grandes organizaciones de hombres sucedieron en América a estas exquisitas y milenarias culturas y las organizaciones sociales que encontraron los conquistadores en el Norte y en el Sur, eran pasos hacia la unidad, fundamento en el que se iba a establecer, más tarde, la acción imperial de España, siguiendo los caminos que material y espiritualmente, habían trazado ya los Emperadores Aztecas e Incas.

Pero después del dolor de la Conquista; después del primer contacto sangriento entre la civilización Occidental y las civilizaciones americanas; después del choque de ideales, se desborda sobre América la parte más enérgica y más valiosa de la población de Europa: holandeses, ingleses, franceses, portugueses y españoles, cruzan el Atlántico hacia el Nuevo

Mundo guiados por el espíritu de lucro, pero también por el afán romántico de la aventura; buscan y ansían nuevas tierras y voluntariamente dejan su patria para construir en este nuevo mundo una patria nueva, creada por sus propias manos, forjada al impulso de su ambición y de su deseo, con una incontenible decisión de triunfar, con un impulso vital capaz de sobreponerse a todos los obstáculos y de vencer todas las resistencias.

Son estos hombres, indígenas y europeos, los que han dado origen a nuestros países; son los representantes más altos de ambas razas, los que al fundirse han engendrado el nacimiento de estas patrias. Por eso podemos decir que somos Americanos y tenemos el orgullo de serlo; porque es nuestra herencia una noble herencia y porque somos los continuadores de una doble tradición de energía y de cultura.

Pero en estos precisos momentos estamos en un punto crítico de la historia del hombre. Del otro lado del Atlántico puede producirse en cualquier momento la crisis final de la cultura europea. Podemos estar en el principio de una nueva Edad Media; pero una Edad Media sin fé, una Media que no tendrá a un Carlo Magno al principio y a un Alighieri al fin; a una Edad Media en que el hierro no será suavizado con la plegaria y que se traducirá en la pérdida de los más altos valores de cultura que ha engendrado el hombre.

Es este el momento de América: son estas Repúblicas que tienen las manos en las manos, en vez de tener la espada, las que reanimarán con un soplo cargado de juventud y de energía, los eternos paradigmas que han creado Asia y Europa y que son como los puntos luminosos que guían a la humanidad en su anhelo infinito.

Si Europa fracasa en la barbarie; si se hunde en un torbellino de ignorancia, de tiranía y de maldad, en una ola de pasiones humanas e infrahumanas, que sea la virgen América la que recoja con sus manos la delicada flor de la cultura y que la deposite con religioso fervor en esta tierra donde vivirá eternamente. Que este Continente, en el que la liberar es tan esencial para su constitución moral, como los An-

des para su constitución física, sea el refugio de los espíritus libres, para que cada hombre pueda decir soy Americano, porque pienso mis propios pensamientos, porque creo mis propias creencias, porque hablo mis propias palabras, porque soy libre en suma, y porque la libertad es mi esencia.

Que cada uno de nosotros declare: soy ciudadano en el Continente libre y entonces la cultura en sus valores más altos, intelectuales y morales, renacerá nuevamente en nuestra América poniéndola al servicio de este ideal que nunca ha sido vencido y que, obscurecido por instantes en el drama infinito de la historia humana, vencerá al fin, porque lleva en su seno la fuerza inconstable del espíritu; porque será capaz de salvar todos los obstáculos en su ascensión perenne hacia la luz.

A continuación, el Dr. Mariano I. Prado leyó el mensaje que el Instituto de Historia y Geografía de Uruguay enviaba por intermedio del Dr. Buenaventura Caviglia, Delegado de ese país, a quien el Dr. Prado invitó a ocupar la tribuna, donde el Dr. Caviglia se expresó así:

Señor Presidente del *Instituto Histórico del Perú*.

Señor Presidente de la *Sociedad Geográfica de Lima*.

Señores Miembros de la II Asamblea del *Instituto Panamericano de Geografía e Historia*.

Señoras, Señores:

Constituye para mí motivo de honor y por ello de singular complacencia, esta ocasión de traer al *Instituto Histórico del Perú*—en nombre del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay — nuestro mensaje de admiración y de amistad.

Mensaje extensivo a la *Sociedad Geográfica*... El uno y la otra, presentes aquí—, con la égida de dos figuras ilustres, los Doctores Mariano Ignacio Prado y Horacio H. Urteaga,— compendian las actividades de nuestra Academia uruguaya.

Mientras, junto a esos nombres, acuden a mis labios — con olvido inexcusable de otros, estoy seguro — los de José de la Riva Agüero, Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea y — en particular, — por frecuentación más inmediata de estos días, — el de un Maestro consagrado, Carlos A. Romero.

Así como, entre los ya desaparecidos, obligan mi homenaje:

Ricardo Palma, donde mi adolescencia — encaminada por él, a un contacto más íntimo con este magnífico Perú,— bebió el embeleso de la tradición virreinal.

José Santos Chocano — evocado visiblemente, hace pocos minutos — si lo entendí — por una alusión de Víctor Andrés Belaúnde.

Chocano... ¡El Poeta! que arrebatara nuestra juventud con el huracán de su estrofa.

Mensaje a García; debiera llamarse éste, mío:

— *Vaya Ud. al Perú. Hable por nosotros* se me encargó.

Soy, a mi manera, soldado y obedezco... Desconocido... Como tantos otros, — si, sepultados anónimamente, — portadores acaso, alguna vez, de una palabra decisiva... Que la mía de paz, estreche mayormente este vínculo — que, hoy, convoca en el Perú, en Lima, a los Geógrafos e Historiadores de América... Mediante el espíritu que, entre nuestros Institutos, uruguayo y peruano, vivifica la coincidencia de dos agrupaciones de hombres de buena voluntad, la de Montevideo — sobre el Plata — la vuestra, sobre el Rímac.

Para que yo pueda en mi convicción — aquí en esta Lima “única” — por el culto de su pasado y los testimonios del presente, — ver personificado nuestro éxito, en una imagen tangible: *Rosa santa de Lima*... No la virgen de antaño, sino la *ciudad* misma identificada con su Patrona... A fin de sentirla — con vosotros — más cerca... La *ciudad*, por el concepto más noble del vocablo: en su apariencia exterior y en

su cultura, sus muros y sus habitantes, sus hombres y sus mujeres, sus damas y sus caballeros...

Para ella quisiera — de poner título a estas frases— darles aquel de Luis Fernán Cisneros, a su libro: *Todo es amor*, y repetir muchas veces, como en su música:

“*Hace trescientos años que el jardín florecía
y lleno de perfumes florece, todavía...*”

Lima: Como siempre: Fanal luminosa. Cátedra siempre escuchada. Como siempre, así mismo y por excelencia, *Archivo de la Cortesía*. En la prestancia de esta justa actual: ¡Su lección más reciente!

He citado a Fernán Cisneros, porque, como para el cronista fragmentario de Waterloo, perdido en la acción, es lógico vuelvan a mi recuerdo los nombres de los visitantes de nuestro Instituto... Así volvían a las narraciones del veterano, los episodios dispersos de la batalla:

En oportunidad memorable... Cuando la visita de nuestro Embajador Felipe Barreda Laos, — Embajador de una Gran Nación — pero Embajador igualmente del *Instituto Histórico del Perú*... Cuando su visita — confirmaba el pacto que — fortuna inmerecida — me permite invoque el carácter de corresponsal vuestro — el Presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Doctor Felipe Ferreiro, esbozó a grandes líneas los lazos históricos, que desde el Siglo XVIII — unieran al Virreinato del Perú, con aquel Montevideo, su frontera lejana.

Nos recordó que peruanos y uruguayos, uruguayos y peruanos, fuimos *soldados de una sola bandera, funcionarios de igual gobierno, habitantes del mismo país*... Subrayó la actuación platense de Rafael de Chena, el Marqués de Valdelirios, Concolorcorvo, Mateo de la Portilla, Antonio Luis Perei-

ra, Miguel de Lastarria... cuyo esfuerzo, con el de tantos otros, estrechara más nuestros pueblos, compenetrados hoy más que nunca por la sangre de tantas familias... Sin que el Dr. Ferreiro olvidara los nombres uruguayos—orientales, decimos ahora, como antes — de Eugenio Garzón, Buenaventura Alegre, Juan Espinosa... A las órdenes de San Martín en su prodigiosa campaña...

Eugenio Garzón, — paralelo de aquellos peruanos que, con Artigas, lucharon por nosotros; y saludamos nuevamente, con gratitud, en la oración inaugural del Doctor Urteaga.

Eugenio Garzón, miliciano Artiguista, al servicio sucesivamente de San Martín y de Bolívar, alimenta — por el bronce de su estatua, ofrenda del Perú a Montevideo — la llama inextinguible en el altar de los próceres:

Artigas, Bolívar, San Martín, — “*Americanos*”, como el libro del *Inca Garcilaso* — “*Americanos por excelencia*”... Síntesis de las aspiraciones más puras, en la conciencia del Continente.

Mientras la atmósfera enrarecida presagia nuevos peligros, amparémonos de esa conciencia... Conciencia sin eclipses... Continuación sin receso... Evangelio de nuestros días.. De Ruy Barbosa... Saavedra Lamas. — Aquel ratificado, para ceñirme al Uruguay, por un mensaje mucho más hondo que este mío: el mensaje de Baltasar Brum...

Confirmación del evangelio de un ayer más distante... Uruguayo también... Sin vacilaciones... De cualquier tiempo:

En 1847, cuando se discernían los signos de la tempestad, disipada veinte años más tarde, por la defensa del Real Felipe, ¡Un 2 de Mayo!... El nuestro: ¡del Perú para América!... En 1847, el Ministro de Relaciones Exteriores de un Gobierno de insurrectos en mi País, el Doctor Carlos G. Villademoros, os ofrecía nuestro apoyo incondicional... Con el de la Confederación Argentina, el de Chile...

Los postulados continentales no son privilegio en mi tierra, de ninguno de nuestros partidos... Todos — en ella, como en veinte Repúblicas, — solidarios del mismo Credo: Un Credo de Independencia.

Con un Embajador de la Sociedad Geográfica de Lima, el Doctor Ricardo Caveró Egúsqüiza, otros del Instituto Histórico del Perú enaltecieron de igual modo la Tribuna del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay:

Juan Pedro Paz Soldán — a quien me uniera un afecto cimentado en mi asiduidad filológica de Juan de Arona, como, con él mismo, me refería a su progenitor.

Luis Fernán Cisneros...

José Bustamante Rivero — un patricio de Arequipa, — huésped ahora del Uruguay, — cuando nos trazó una *Visión del Perú*, en ese lenguaje vuestro, tan armonioso para nosotros, por más próximo al lenguaje de la Madre Común.

Todos, pródigos de enseñanza e inimitables en el decir.

..Anteriormente un gran jurista, Cesáreo Chacaltana, en el Congreso de Derecho Internacional Privado de Montevideo de 1889, había concurrido a preparar el ajuste de las respectivas legislaciones, perfeccionado 50 años después, en 1939, con la asistencia una vez más del Perú.

Nunca podría olvidar, y menos hoy, a Víctor Andrés Belaúnde. No en elogio superfluo para vosotros los peruanos ni para América toda. Sus palabras serían suficiente... Las habéis escuchado: Vibran, vibrarán en nuestra emoción. Como hace algunos instantes. Suspenso al oírlas, volvía a mi memoria el adagio: *Cuando canta el ruiseñor, todo el bosque enmudece.*

En esta audacia mía, sin límites, lo menciono para unirlo a un recuerdo oriental, uruguayo, en realidad americano:

Amado Nervo, — doblemente representante de México, por su investidura diplomática y la de su arte, — murió en Montevideo. Su agonía, tuvo un consuelo, — Víctor Andrés Belaúnde.

¿Quién pudiera reconstruir el diálogo de estos dos hombres? ¡Hombres!, frente a la hora suprema, en que *como el Sol en su ocaso, el pensar se engrandecía*... Un crucifijo, reliquia sagrada de Belaúnde, extendía al Poeta — como antes, a una moribunda, — sus brazos acogedores...

Los imagino, cuando, en largos silencios... La diestra desfalleciente procuraba la del amigo... Cuando en largos silencios, la sombra de Rodó presencia invisible — se inclinaba sobre ellos. Para ofrecernos en un símbolo, la imagen de cuanto debiera ser, de cuanto ya es, en América, la comunión que nos une.

Fraternidades de América... Fraternidad mexicana. Con un resplandor, aquí, en este recinto, esta vez de su ciencia: Alfonso Caso..

Fraternidades de América... Fraternidad peruana... Generosa — si ya no lo fuera en virtud de su innata hidalguía — por la exuberancia de una cultura, cuyas raíces se nutren en los milenios indígenas... En el tesoro, la entraña profunda de la Costa Pacífica, la Montaña, Los Andes. Cultura maravillosa, concurrente de modo innegable a las múltiples formas de la vuestra. Cultura de milagro, ante la cual mi audacia vacila. Inclinada respetuosamente ante quienes — citaré solo dos nombres — ante quienes, con Julio C. Tello y Luis E. Valcarcel — la restituyen al patrimonio de la humanidad. Mientras —¿para qué ocultarlo? — nos amarga el remordimiento... Sea cual fuere nuestro origen, sería injusto

desconocer como por estirpe europea, todos respondemos de su menoscabo, de su destrucción...

Nuestros Institutos colaboran en la obra del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. *Si la primera, la Geografía nos parece más fácil, opinión de historiador...* Perdonadme interrumpa mi lectura. Eso había escrito.. Antes de escuchar al Doctor Emilio Romero. Eso había escrito... Contra una evidencia: las hazañas de los geógrafos contemporáneos. Tan difíciles como las avanzadas de la Conquista, la penetración de los "bandeirantes", la paciencia de los misioneros. Hoy, los geógrafos no escatiman tampoco, ni sus héroes, ni sus mártires.

...Que la obra de la Historia sea una resurrección de la verdad. Fiel, desapasionada. Una verdad, para ser completa, verdadera.

No temamos señalar los errores... Para evitarlos. Son también nuestros. Insisto: No podemos atenernos a las comodidades de una herencia con beneficio de inventario. Señalemos, si ocurre, al crimen mismo. No como jueces implacables... Ni tampoco para el perdón — delictuoso por complicidad... Calificar como crimen, un hecho del pasado, es para el pasado castigo bastante. Para el presente, Admonición que lo impida.

...En el "Juicio de los Muertos", — aun de los Judas, — depositemos, con piedad, en el platillo favorable, una obra buena, una obra bella. ...Cuando fuese posible...

La historia de los hombres cabe, se ha dicho, en tres palabras: *Amaron, sufrieron, vivieron.*

Acaso hable por mí la experiencia propia:

Tanto más sufrieron, cuanto más odiaron.

Y añadiría: Sufrieron ¡e hicieron sufrir! Quien se considere libre de pecado, que tire la primera piedra.

En la Asamblea de Lima, América, la que se tiende desde el Artico hasta el centro mismo del misterioso Continente Austral, ofrece en esta hora de incertidumbre, un ejemplo. Ejemplo para todos: el abrazo, — aquí en Lima, somos testigos — de los representantes de Colombia y Venezuela, al pie de la estatua de El Libertador.

Que la memoria de Bolívar nos ilumine. Si en esta armonía continental — en obsequio a los estadounidenses — se impone al espíritu aquel: *Grande en la guerra, grande en la paz, grande en el corazón de sus conciudadanos*, ninguno de ellos se ofuscará cuando, — hijo de nuestras Patrias Ibero-Americanas, — discernamos a Simón Bolívar los mismos títulos, con otro más: el primero también, ¡en el pensamiento de América!

Soldado, filósofo, profeta de sus grandes destinos. Vanguardia... Visionario de la Esperanza. La Esperanza: “*La novia sin desalientos*, de Guyau. La Esperanza ¡Realidad algún día!

La Bandera dice: Excelsior!

Cuando la mano que la sostiene parezca desmayar... Que mil manos se tiendan hacia ella.

Repitamos, con Longfellow:

La Bandera dice: Excelsior!

y por Nervo:

Como ¡*Un acto de fé!*

Nuestro poeta máximo Juan Zorrilla de San Martín — con el cual lloramos igualmente la injusticia contra el Indio —

pensó de mi país *que dibuja sobre el mapa de América, la forma de un corazón.*

Geografía sentimental, si se quiere.

Por ella — Delegado también, de la tierra de Artigas — he querido traerlos — a vosotros, y a los ensueños de América — el corazón Uruguayo:

Como *¡Un acto de amor!*